

	Mes.	Trimestre.
En Madrid...	10 rs.	30 rs.
En provincias...	12	36
En el extranjero...	24	72
En las Antillas...		90
En Filipinas...		100

Mientras las atenciones del periódico no lo impidan, se admitirán remitidos y comunicados a precios convencionales, y anuncios a medio real la línea.

EL ECO DE ESPAÑA se publicará todos los días, a excepción de los lunes y las grandes festividades del año.

EL ECO DE ESPAÑA.

PERIÓDICO MODERADO.

En la Administración y Redacción de este periódico calle del Caballero de Gracia, número 40, principal.

El importe de la suscripción en Madrid se abonará en efectivo en la Administración. El de las provincias del propio modo, o por medio de libranzas del Giro postal, o de los correos, y también por letras de estanco remitidas a favor de la Administración: de esta última manera o bien haciendo el abono en efectivo en la Administración, se servirán las suscripciones de Ultramar.

El importe de las suscripciones que se envíen por cualquier clase de giro, se hará por medio de carta certificada.

AÑO I.

MADRID.—JUEVES 24 DE MARZO DE 1870.

NÚM. 37.

CRÓNICA PARLAMENTARIA.

La situación, que ve detrás de las lágrimas de los unionistas el veneno que les sube del corazón, veneno que es posible que inoculen en época no lejána a sus coaligados de ayer, los que por experiencia deben saber que las picaduras de la unión suelen ser mortales, esa situación, repetimos, se replega hoy hacia las huestes republicanas, y quiere con ranciar a los misos que el sábado la dieron el voto de censura, no concediendo la autorización pedida por los tribunales para procesar a varios diputados federales más o menos complicados en el último movimiento político hecho por esta parcialidad.

Este fué el primer incidente notable que ofreció la sesión de ayer, en la que sin discusión se aprobaron los dictámenes indicados, negándose el permiso para procesar a los constituyentes señores Maisonave, Cala, Garrido (D. Fernando), Soler y Castelar, negándose asimismo la que se impedía para ejecutar las sentencias dictadas contra otros diputados, entre los cuales se encuentra el Sr. Guillén, víctima de la insurrección, ó asesinado, si hemos de creer las palabras y la acusación presentada por el Sr. Figueras.

Tal estrategia quizá hubiera producido algo de provecho a nuestros asendereados gobernantes, si la fatalidad que sobre ellos pesa como premio de sus ineficaces actos no hubiera querido que a seguida de publicarse esa especie de perdón para los republicanos, revivieran los rencores de estos al oír que el gobierno seguía presentando, cual prueba irrecusable de su consecuencia y de su formalidad, el proyecto de ley para restablecer aquellas odiadas quintas, para extinguir las cuales se hizo la revolución, cuya abolición admitía en principio el popular conde de Reus, que ahora regala a los republicanos la contribución de sangre por vía de postres en esta especie de *sáturnal*, donde, no habiendo ya cosa que se coma la *Sotombrina*, ván a concluir sus hombres por comerse unos a otros.

Duro y elocuente estuvo el Sr. Castelar, combatiendo en una de las enmiendas el proyecto del general Prim.

Sangrientos reproches dirigió al mal aconsejado ministro, que caminando sin brújula, a oscuras y en medio de una tempestad deshecha, lleva derecho al país a estrellarse en la anarquía y en la disolución.

Reconocemos como una triste necesidad las quintas, porque la experiencia nos enseña que no hay país medianamente organizado que este medio u otro análogo no sea el que subvenga a la constitución de los ejércitos permanentes; pero ¿qué autoridad puede tener una medida de esta importancia dictada por el conde de Reus, que poco hace halagaba al pueblo con la esperanza que en 1869 y 1870 desaparecería tan odiada contribución!

Cuando vemos estas monstruosas contradicciones del ministro de la Guerra, lo mismo que cuando le oímos pronunciar con el mayor desenfado palabras de anatema contra los conculcados de la ordenanza, a él, que ha pasado su vida y debe gran parte, sino toda su carrera, a haber rasgado todos los días y a todas horas una por una las hojas de este código, una sonrisa de compasión asoma a nuestros labios, sonrisa que hace más amarga el recuerdo de la serie de desastres que ha traído a nuestra patria querida la des-

gracia de contar entre sus hijos hombres como el general Prim.

El Sr. Albareda, flamante dimisionario de la comisaría del almirantazgo, ó como si dijéramos, uno de los *ex-lore*s de esta alta institución, se encargó de contestar al Sr. Castelar, aprovechando la ocasión para predicar y rogar en todos los tonos que por el amor de Dios no se rompiera la ya hecha trizna conciliación, puesto que este era el único medio de salvar la revolución.

Confesamos que los hombres de la unión tienen el don de la mansedumbre, quizá porque de ella hacen un arma siempre que conviene a sus propósitos. Pero así y todo, se necesita tener mucho de Dios ó del diablo para después de la *agachadilla* del sábado y de recibir tanto desaire, y tanto sofión, venirse en pleno Congreso a suplicar que no se acabe la paz, tal vez porque con ella se acaban los destinos de los amigos y deudos, que en su día pueden prestar uno de esos *teales* servicios, a que siempre se mostró tan dispuesta la unión liberal.

En cuanto a destinos, no aludimos al Sr. Albareda, porque es uno de los que más se han apresurado a hacer renuncia del suyo, si bien es verdad que no disfrutaba sueldo y era puramente honorífico.

Desechada la enmienda, y por vía de contestación a las palabras conciliadoras del Sr. Albareda, el señor ministro de Gracia y Justicia subió a la tribuna, y leyó, corregido y aumentado, el proyecto de ley sobre arreglo del clero, antiguo caballo de batalla de las huestes unionistas. Al que no quiere caldo, tres tazas. Veremos si a pesar de esto siguen los unionistas pidiendo la conciliación y reteniendo los destinos militares y la gran parte de los civiles que aún conservan.

La sesión de la tarde terminó a las seis.

En la sesión de la noche, con escasísimo número de diputados, continuó la discusión sobre el proyecto de ley de quintas. El Sr. Blanc apoyó una enmienda que tenía presentada al art. 10. Su señoría volvió al tema favorito de sus amigos, de recordar a los actuales ministros y diputados sus compromisos en favor de la abolición de quintas. Muy poco nos parece que esto debe importarle a los que siempre han ofrecido mucho y no han cumplido nada.

El indispensable Sr. Eraso contestó al señor Blanc, en uno de esos monotonos discursos con que S. S. logra siempre dejar los bancos completamente desiertos.

Desechada la enmienda en votación ordinaria púsose a discusión el artículo, que fué combatido por el Sr. Salvany, y defendido por el Sr. Eraso. El art. 11 fué combatido por los Sres. Rebullida y Cervera, y defendido por el presidente del Consejo de ministros, siendo aprobado en votación nominal por 70 votos contra 9.

No terminó esta sesión sin un incidente cuyas consecuencias pueden ser desagradables. Interrumpió el presidente del Consejo por el Sr. Garrido (D. Fernando) cuando el primero enaltecía la suerte del soldado, parece fué contestada esta interrupción de una manera agresiva é impropia de aquel lugar por un diputado de la mayoría que ocupa un alto puesto en la situación.

LAS CORTES DE LA REVOLUCION.

Es un espectáculo por demás curioso y

de ser la de redondear todo lo cuadrado, y cuadrar todo lo redondo, es decir, inutilizar todo lo que sirvió el año pasado.

La primera exigencia de la moda es que todo sea fresco. Sin duda, como la frescura llama al agua y esta suele producir a aquella, el furor en los trages, es el de *agua de Nilo*.

Un vestido de *agua de Nilo*, con un adorno de *cocodrilo* verde, es lo más elegante y lo más fresco que se puede llevar.

Y aquí doy punto a las modas, por más que mis lectoras digan.

Estamos frescos, lo que V. nos dice y nada todo es lo mismo.

La primavera se está retardando más de lo que pensábamos. Hasta ahora puede decirse que ha sido una primavera frustrada.

Una tentativa de primavera. Desde el dueno de Montpensier, las formas del Código penal se vienen a la pluma insensiblemente.

La mitad más bella del género humano ha hecho cuanto ha podido por crearse en primavera.

Los bandos abiertos, las pieles desterradas, el paseo más tarde.

Todo en vano. Esos instrumentos que tanto se parece a la mujer, la veleta, sigue marcando el Norte.

Y corre el viento, y el cielo que se nubla hace perder hasta la esperanza del buen tiempo.

Un nuevo género político-bailable, ha dado a conocer aquí D. Salustiano.

No se figura Vds. que ha dirigido un cotillon. Por más que lo haya hecho bailar a algunos empleados.

Vamos por partes. Los progresistas, aunque no se entienden, bailan solos.

Buena prueba de ello fué el baile del *Velos-Club* de Madrid, que brilló por su ausencia.

Consecuente el gran lama con los principios más distinguidamente cursis de su partido, dicen que se escribió a Madrid pidiendo la separación de los antiguos empleados, que cometieron el delito de asistir al baile que dió el Sr. Algarrá.

¿Cómo se entiende, ir a bailar a casa de un señor que ni siquiera es de la unión liberal!

Cesantes, por haber cometido una falta política. Algunos creen que como los progresistas lo hacen todo con los pies, le han dado tanta importancia al baile que dió el Sr. Algarrá.

La fiesta de la semana ha sido el baile del ministerio de Marina.

Ha sido un gran concierto con artistas de verdadero mérito y con un auditorio encantador.

Favre y la Nilson, han hecho prodigios. Pero yo, como mis pecados, no me fijo tanto en la música como en las especulaciones.

No puedo prescindir de citar a la princesa Carlota Bona, arte, que iba preciosamente vestida con un traje gris perla, a su prima Julia que se presentó en un traje

digno de estudio y meditación el que ofrecen las actuales Cortes, tanto por su organización, como por su conducta, como por sus resultados.

Elegidas en los hervores de la revolución misma, claro es que los partidos conservadores no habían de tener ni tuvieron libertad para votar. El sufragio universal, ejercido o turbas ignorantes, que lo mismo gritan republica que rey absoluto, era el método más a propósito para conseguir el resultado que se apetecía. Los elementos que más ó menos directamente habían contribuido a la conspiración, salieron triunfantes de las urnas, con ligerísimas excepciones. Los revolucionarios de todos los matices se apoderaron del gobierno y de sus avenidas. El sufragio universal ha dado como primer fruto el mayor número de *cuneros* y el mayor número de empleados que se ha conocido en los Congresos españoles; y esto podría discutirse en parte, si al mismo tiempo no hubiera producido el Congreso más ignorante de cuantos registra nuestra historia, y como ignorante, débil, sin autoridad, sin iniciativa, sin doctrinas ni sistema. Todavía, si el gobierno tuviera algún sistema, podría adelantarse algo con un Congreso semejante; pero desgraciadamente el gobierno es hermano gemelo del Congreso en punto a conocimientos y demás condiciones.

Hay, si, en esta Cámara baja algunos hombres que habían acreditado antes tener altura política, talento, instrucción, don de la palabra, fibra, carácter; pero estos hombres, sea por vergüenza, sea por el temor de no ser comprendidos, sea porque hayan perdido con las nuevas compañías, la virilidad de que hicieron gala en otras ocasiones, la elocuencia de que dieron tantas muestras, esos hombres, tan puntilludos antes, callan, callan, y ni a tiros, cuanto más a desvergüenzas, se les puede hacer romper ese imperturbable silencio, con el cual perjudican a la nación en general, perjudican a su propio partido, y se perjudican ellos mismos en la opinión de las gentes imparciales y sensatas.

Nosotros bien sabemos que la inteligencia, para desarrollarse y tomar vuelo, necesita estímulo, inspiración, entusiasmo. Hay su gimnasia intelectual, como la hay para el desenvolvimiento del cuerpo; y ciertamente la gente nueva que ha sacado a plaza la revolución, no es la más a propósito para reanimar las facultades del alma. Un rasgo oratorio de un adversario, un argumento inesperado, un sarcasmo delicado prenden la imaginación de los hombres superiores, y de aquí, de un accidente inesperado, arrancan a veces los discursos más vehementes, enérgicos y aplaudidos, y a veces también las decisiones más importantes.

En nuestras Cortes actuales no hay que esperar nada de esto. El ánimo más elevado se achica, y tiene que andar por tierra, cuando vejeta y vive en un hormiguero.

Esto no quita un ápice de responsabilidad a los hombres a quienes aludimos. Al contrario, la aumenta. Nosotros comprendemos bien la repugnancia que encontraran al tener que terciar con tanta mediocridad lo que han medi-

amantes, a la mariscal Canrobert, *elouvissant* de hermosura con una corona de diamantes y un vestido azul celeste, que vamos, era un verdadero cielo.

Y dónde me dejan Vds. a la mariscal Bazaine con un traje blanco y un aderezo de flores tejidas.

Para decirlo todo de una vez, era aquella reunión de mujeres en las que cada una era más guapa y más elegante que todas las demás.

Si París hubiera bajado allí con su manzana, no hubiera sabido a quién dársela.

De hombres, asistieron algunos ministros, el embajador de Inglaterra, lord Lyons, M. Washburn y algunos otros diplomáticos de difícil pronunciación.

La fiesta dada en Tullerías el 16 ha estado espléndida como todas.

La emperatriz llevaba una *toilette* azul encantadora. Las señoras de Alba se presentaron sencillamente vestidas de blanco y rosa, con una flor encarnada en el peinado, que los *croquis* de aquí llaman a la española.

Los artistas tan inspirados como siempre, y la señora de la casa con esa amabilidad que le ha captado las simpatías de la Francia.

El concierto que había de celebrarse mañana se ha suspendido, porque principiando los debates de la causa del príncipe Bonaparte, no se ha creído oportuno celebrar una fiesta en Tullerías.

Un poco de política para las señoras.

¿No es verdad que contrasta el que aquí un príncipe vaya a ser juzgado, y en España se mistifique un delito cometido por otro?

Que fallen en este asunto las mujeres.

Un hombre ha matado a otro dejando huérfana una familia.

Unos hijos que ya habían tenido la desgracia de perder a su madre, ven morir a su padre y se quedan solos en el mundo.

Lloran sin amparo: la sociedad no quiere hacer nada, porque el matador es amigo de los gobernantes.

Con el corazón, suprimo racionamiento de la mujer, juzgado vosotras de este hecho, ya que parece que los hombres no quieren juzgarlo con el Código.

Otra noticia desagradable para mis lectoras.

En la antepenúltima semana, tres mujeres han sido asesinadas por sus maridos.

En la que terminó ayer, se ha verificado el desenlace de un drama, que bien merece que yo le dedique una cuartilla.

M. X. estaba casado hacía tres años con Mad. B.

Desde el primer año de matrimonio se habían observado frecuentes disputas entre los cónyuges: sin embargo, la posición que éstos ocupaban habían hecho que se corriera sobre ellas un velo misterioso.

Hace dos días las circunstancias cambiaron de repente: la mujer citó al marido a juicio de conciliación. Verificado éste, el marido, en vez de contestar, ha dicho: «¡Ay, qué dolor!»

El juez, tolo asombrado, ha empezado las primeras diligencias criminales.

do sus fuerzas con Martínez de la Rosa y con Pidal; pero su deber, su conciencia, su honor mismo, se hallan interesados en que nuestra patria no pase por el sonrojo, a nuestros ojos y a los de Europa, de aparecer como un pueblo de tan escasas inteligencias y de tan vulgares orad res.

De aquí resulta que los diputados mismos, cansados de no hacer nada, y chasqueados por no oír discursos siquiera, faltos de emociones, conociendo el triste papel que representan, sin poder hacer una ley que satisfaga las necesidades públicas, los diputados mismos no asisten a las sesiones, no cumplen con su deber; las comisiones tampoco se reúnen; la esterilidad es completa y absoluta.

No bastan advertencias del presidente, censuras de los periódicos, fuertes vapuleos de *La Iberia* misma. Los diputados no cumplen con su deber. Tienen la conciencia de que no se les lleva por buen camino. Tienen la seguridad de que no hacen nada bueno por su patria, y los unos permanecen en sus pueblos, y los otros no acuden al salón de sesiones, y cuando más, se reúnen unos pocos en el salón de conferencias a fumar un cigarro, a maldecir de la suerte de España, y a quitar el pellejo al gobierno que les mantiene, y con quien votan a regañadientes y de mala gana. Así es, que para votar una ley hay que llamar antes a los diputados cinco y seis días consecutivos. Así salen las leyes, sin autoridad y sin prestigio; porque dan a entender los mismos que las votan, que lo hacen contra su voluntad, y a veces contra su conciencia.

Toda esta frialdad y marasmo que se advierten en público, ahora que estamos en el régimen de la publicidad, se convierte en animación cuando se trata de alguna intriga para coger un destino, nombrar un gobernador ó colgarle una gran cruz democrática-borbónica. Y si la intriga es para la pequeñez de buscar un rey, entonces la función es completa, y con *apartadero de plaza y redonde*.

Entonces estos francos liberales se reúnen por separado y en secreto, se conocen tanto, se tienen tanto amor, se han introducido tales prácticas con el ejercicio de la *verdadera libertad*, tienen tanta confianza los amigos unos de otros, que en público no respiran y nada acuerdan de provecho para los pueblos.

Estas Cortes más parecen sociedades secretas que Parlamentos constitucionales, y es que el hábito de conspirar ha privado a nuestros dominadores de la dignidad, nobleza y carácter de los verdaderos legisladores de un pueblo libre.

Ya no se pregunta: ¿qué hacen las Cortes? ¿qué hacen sus comisiones? sino cuánto se reúnen y qué acuerdan los diversos conciliábulos tenebrosos en que se hallan divididos los que decían ser representantes de la nación.

Jamás un espectáculo semejante se ha visto en pueblo alguno regido por instituciones liberales. Para esto se ha hecho una revolución, se ha derribado un trono. Para esto se persigue al clero. Para esto se arruina la nación, y todas las clases padecen, y no hay sosiego ni dicha; y hay una miseria espanto-

¿Cuál será la causa de este misterio? ¿Por qué ha sucedido todo esto?

La continuación en la próxima carta.

Esta noche dará un concierto la marquesa de Avast, que promete estar muy animado.

Mlle. Rives, la célebre discípula de Rossini, ha de cantar en él.

Sin embargo, los honores de la fiesta parece que serán para Tom Hobler, tenor inglés, que está en París llamando mucho la atención.

No me acuerdo si fué Alcazar y Serrano el primero que dijo, que, *trás de discusión, comida*.

Pero si puedo asegurar a Vds. que aquí se practica este axioma al pie de la letra.

M. Theroud, antiguo agente de cambios, después de haber largamente discutido y terminado un importante negocio, ofreció antes de un banquete en el Grande Hotel a los agentes de París.

Dicen que estuvo muy animado, y lo que ha contribuido a hacerlo célebre ha sido la frase de una mujer muy a la moda, que al subir la escalera del Gran Hotel, dijo:

—Creo los banqueros que el amor se cotiza, y han tenido el atrevimiento de invitarme al café.

—No vá V. a asistir?

—No; señárame un vencimiento fijo, sería bueno si yo fuese letra de cambio; pero no es fácil decir de mí «¿tantos días vista?»

Capoul, el interesante Capoul, cuya fama ha atravesado el canal de la Mancha, y ha salvado el Pirineo, dicen que se casa.

Parece que no, y esta noticia produce aquí una revolución.

La gracia es una joven artista, digna de la mayor estimación, aunque muy escasa de bienes de fortuna.

Deso al tenorino (no a nuestro amigo el redactor de *El Siglo*), sino a Capoul, tolo género de *félicidades*.

No sé lo que le paró a este propósito la frase que le dedico la espiritual Mlle. Z: «¿Que sea feliz con el *pot-au-feu* del amor?»

Para el jueves se prepara un concierto en casa de madame Lebouf de Montignat, que ocurrirá en su casa lo más escogido de la sociedad parisien y les hará oír los mejores artistas.

Ahora hablemos un ratito de teatros.

Poca novedad nos han ofrecido esta última semana. En todos los teatros parisienses continúan con las mismas piezas de la anterior.

Y ya hay para tiempo.

En París ocurre un fenómeno que no tiene ejemplo en otra capital de Europa.

Con una obra que obtenga lo que aquí llaman un *succès*, la temporada teatral está asegurada.

Solo así puede comprenderse que las *Folies Dramati-*

sa, y se va perdiendo hasta la esperanza. Jamás Dios castigó a un pueblo con mayores tormentos que el de tener que aguantar en el poder la inconsecuencia, la torpeza, la ignorancia y la anarquía permanentes.

Ahora parece que empieza a animarse la Asamblea. Intenta moverse: quiere andar; pero ya se remueve el edificio entero. La unión liberal se cansa de la vergüenza de aguantar con su candidato en berlina. Los progresistas están libres de andadores. Los tres elementos se han divorciado, y si juntos nada pudieron hacer en beneficio público, ahora que están separados, acabarán su triste vida peleándose, maltratándose y dando nuevos escándalos; pero lo que es gobierno, lo que es administración, lo que es orden, libertad y justicia, eso no harán los representantes de la revolución, porque, aunque quisieran, no podrían con las idas disolventes que pretenden imponer a la nación.

La Iberia publica hoy un artículo delicioso, como todos los suyos. Si no fuera por la lectura de *La Iberia*, aquí había de aguantar esta situación?

Nuestro colega dice que el rompimiento entre los elementos vece lores llegó, porque la unión de los partidos era imposible; y luego pregunta; pero, ¿es difícil conjurar los conflictos que puedan nacer de ese rompimiento?

La Iberia contesta que no es difícil, sino fácil en extremo.

Oigamos al colega progresista, para ver lo fácil del asunto, y lo que es preciso hacer:

«Es preciso, para conseguirlo, que todos los hombres que influyen en la política activa dirijan sus esfuerzos, con desinterés, con abnegación, con formal y decidido empeño, pero sin pensar en fusiones imposibles, a vencer todos los obstáculos que se opongan al desarrollo y terminación feliz de la obra cuya base necesaria es el Código fundamental que constituye y define las condiciones de la nueva vida política de la nación española.

No hay que forjarse nuevas ilusiones de unión imposible de partidos de tendencias opuestas y de aspiraciones antitéticas. Esa unión es absolutamente innecesaria; sería hoy además una preocupación funesta para la misma causa que queremos salga triunfante a toda costa.

Esos hombres de *iniciativa* y a la vez de *reconocido* autoridad en la política sinceramente revolucionaria, *sin* *excluir* a los mismos republicanos, deben recordar ahora la fuerza profética de las palabras del Sr. Ruiz Zorrilla, deben inspirarse en el patriotismo que dictó las solemnes frases del que, como ciudadano, como ministro, como diputado, como presidente de la Cámara, ha procurado siempre cambiar por la senda que puede llevar a la revolución al deseado término.

De ese modo, podrán evitar los peligros que pudieran amenazarlos. De ese modo, y con paso firme y seguro, huirán de los extremos que pudieran conducirnos a una terrible anarquía, detrás de la cual vendría fatal é inevitablemente el triunfo de la reacción, la restauración odiada tal vez, de seguro la muerte de la libertad, cuya conquista tan grandes sacrificios nos ha costado.»

Hemos querido copiar textualmente las palabras mismas de *La Iberia*, porque si ni nadie nos querría creer, es decir, nadie querría creer lo que *La Iberia* llama fácil.

Nuestro colega tiene por cosa fácil el que los hombres que influyen en la política activa tengan desinterés, abnegación y patriotismo. *La Iberia* cree cosa fácil el que hombres importantes respe-

ques no hayan presentado en dos años consecutivos más que dos piezas nuevas: *Petit-Paquet* y *Les Toars*.

El Guinasso, con *Tropmann* y *Fernand* tienen para otro bien dramático.

La Gaité ha olvidado *La Chate blanche* para poner en escena *Gilbert d'Anglais*.

Y por último, *Les Bouffes* y *Variedades* continúan con las últimas creaciones de *Offenbach*: *La Princesse de Trébizonde* y *Les Brigands*.

Sin embargo, todas las noches tienen estos teatros un lleno completo.

Y esto consiste en que los extranjeros son los que sostienen los teatros en París.

Si no se comprendiera que después de cien representaciones de cada una, los billetes se vendan todavía por los revendedores.

Decimos en España que una empresa abuse del público cuando una obra se repite treinta veces, y es que los españoles somos exigentes, porque nuestros teatros representan para nosotros solos.

¿A qué extranjero que visita Madrid se le ocurre ver un estreno en la Zarzuela?

A muy pocos, por no decir a ninguno.

No me detengo a escribir una revista de las obras que arriba he enumerado, porque Vds. las conocen todas.

El afán de traducir es una epidemia entre los españoles.

El tan fecundo escritor Ventura de la Vega inauguró este género, y desde entonces todo el mundo traduce y arregla.

Hablo del mundo español.

Y lo peor de todo es que las traducciones que generalmente se hacen son poco felices.

Los traductores, con distinguidas excepciones, se dejan llevar del efecto que la obra ha producido aquí, olvidándose del criterio especial del público madrileño.

Sirva de ejemplo el *Rey Midas*, que aquí obtuvo un *succès*, y en esa sala ha demostrado la tenacidad de Arderius y la tolerancia de ese público.

¿No valdría mucho más que los escritores españoles invirtieran su genio en escribir obras originales?

De esta manera perdería el público español la perniciosa afición que va tomando al género francés, que aquí gusta porque están en su país, pero que en España repugna a muchos.

Vestir con mantilla y con calañés las ingenuas obras que aquí se estrenaban, era patrimonio exclusivo de Ventura de la Vega.

El las acimantaba y les daba una forma tan en armonía con nuestras costumbres, que las aceptábamos por nuestras.

Un estreno, una boda, un desafío y un libro, se preparan para la semana que entra hoy, y de estos acontecimientos se ocupará en la próxima

PERIÓDICO.

ten y adoren como a un profeta a Ruiz Zorrilla, y cree necesario que hasta los republicanos mismos se presten a ser ingrediente de esta receta, y a sostener esta situación; y si esta friolera, que a *La Iberia* le parece tan fácil, no se realiza, entonces *La Iberia* cree que va a venir la reacción y hasta la restauración.

Pues no es nada lo del ojo. Dé V. entonces por hecha la restauración dentro de muy poco tiempo, porque pensar en que estos héroes de sañete han de ser desinteresados, y en que los republicanos han de ceder de sus pretensiones por dar gusto al Sr. Prim y compañía, eso nos parece que es delirar.

Extremécese, pues, *La Iberia* de las consecuencias que se desprenden de sus mismas palabras.

La Iberia pide los tres entorchados para el general Córdova. Mucho se ha humanizado nuestro colega. El general Córdova era antes para *La Iberia* un monstruo, un tirano, el asesino del pobre Manuel Gil. El general Córdova fué quien azuzaba a Narváez para cometer todo género de tropelías. El general Córdova, nombrado capitán general por la revolución. Si resucitara el verdadero marqués de Mendigorría, se moriría otra vez por no ver escándalo sem-jante.

Con la emancipación de negros, y nombrar ahora capitán general de Cuba al patriota Córdova, y un cordel, no necesitan más nuestros hermanos de las Antillas.

No nos olvidada decir que *La Iberia*, que alaba a Córdova, censura al noble y dignísimo general Lersundi.

Damos la enhorabuena a nuestro bizarro e inteligente amigo el general de veras Lersundi.

La Iberia ha descubierto que nosotros hacemos insinuaciones demasiado transparentes para halagar de alguna manera al partido de la unión liberal.

Se necesita toda la perspicacia de *La Iberia* para haber descubierto este secreto.

Estamos seguros de que nuestros lectores no lo hubieran creído nunca si *La Iberia* no se lo hubiera dicho. Así como lo estamos de que la unión liberal piensa sobre este punto de una manera diametralmente opuesta a *La Iberia*.

Parece que en breve se hará salir de Madrid al duque de Montpensier, y que casi simultáneamente se concederá el tercer entorchado al general Córdova, para consolarle del fracaso que ha experimentado la candidatura del duque de Montpensier, su ahijado y amigo y señor político.

Esto, si los vivos no soplan más ráfagas y con el duque no se llevan a todos sus amigos.

Ayer llamó mucho la atención de los concurrentes a la sesión de las Cortes, el cordial abrazo que se dieron los Sres. Topete y Sagasta en los bancos de la mayoría, donde estuvieron hablando largo rato y con grande alegría.

No en balde se aseguraba que el ministro de Estado era el paladín de la conciliación en el seno del gabinete.

Ha dicho con júbilo un periódico de la situación que la revolución comenzó el 19 de este mes. En efecto, desde ahora comenzará a estar todo revuelto.

Dícese que el Sr. Ruiz Zorrilla es quien más probabilidades reúne para obtener la presidencia del Consejo de Estado. Partiendo de esta suposición, que es bastante fundada, se hace otra que no sabemos si tendrá más o menos grados de probabilidad: la de que el Sr. Becerra dejaría el ministerio de Ultramar, pasando a ocupar la presidencia de las Cortes, en cuyo caso iría tal vez a reemplazarle en el ministerio el Sr. Martos.

Repetimos que estas dos últimas noticias son simples suposiciones, pero que la primera tiene fundamento y es algo más que una suposición.

Si por otros conductos no hubiésemos averiguado y adquirido la certidumbre de que la conciliación de unionistas y progresistas pertenecía ya a la historia, y que después de los esfuerzos hechos y vista su inutilidad, se había renunciado absolutamente a toda gestión para restablecerla; nos habría sacado de dudas acerca del particular, nuestro colega *La Política* con el artículo que bajo el epígrafe *Los hechos* publicó en su número de anoche. A influjo de la dolorosa impresión que ha debido de producirle el último desengaño, hace la historia de lo ocurrido antes, durante y después de la crisis, y dejándose llevar de un arranque de despecho, a pesar de que procura mostrarse tranquilo y sereno, exclama al terminar su artículo:

«Nosotros tememos a la ruptura de la conciliación, porque venimos en ella un gravísimo peligro para la revolución de Septiembre; porque en el abismo de nuestra discordia podemos hundirnos unos y otros, facilitando el paso a la anarquía y luego a la restauración, óprimos a la restauración y luego a la más vergonzosa tiranía. Nosotros no temamos por nosotros, ni tan siquiera por vosotros; temamos por la libertad, en cuyas aras han hecho los unionistas tantos y tan positivos sacrificios... tantos amigos y es, pero siempre ciertos; por la libertad, que creíamos iba a consolidarse en España en virtud de la revolución de Septiembre, y que nuestra desunión dejará expuesta a los insultos de la ignorante plebe ó a los tiros del impetuoso barbozismo.

Y si de vosotros y de nosotros se tratara, creyémos: más van perdiendo los radicales que los unionistas en esta catástrofe común que traerá consigo nuestro divorcio. Los unionistas caerán; pero, como planta que retoma más pronto, por la bondad del terreno medio ó sea de la zona templada en que tiense, su campo, podrán volver a la vida dentro de dos, dentro de tres años... tan luego como haya normalidad política: pues la normalidad, el orden, la regularidad son su atmósfera propia... Pero vosotros, radicales, hijos de la tempestad, que siempre veis con ella, y no podéis respirar sino la atmósfera de fuego de las revoluciones, vosotros, enemigos natos de la paz, del sosiego, de las reglas, del orden, de la templanza, vosotros caeréis para no levantáros en otra ocasión semejante como la de 1813 a 1814, ó en otra variada ó desdada como la de 1836 a 1838.

Ay de la libertad entre tanto! Poco podrían hacer ya por ella los unionistas en el terreno legal, privados de nuestro auxilio; pues suponemos que se lo negarían sistemáticamente como en 1853 y como en 1865, posponiendo los intereses políticos a vuestras pasiones personales. Y como, por otra parte, después del escarmiento

último, no se metiera ya la unión liberal en conspiraciones con vosotros para dárlos nuevas tiranías, que volvierais a resistir con estridentes rebullos... ¡ay de la libertad! volvemos a decir.

Después del lenguaje blando, conciliador y humilde que había empleado desde el sábado último; de sus reiteradas protestas en favor de la revolución; de sus memorias para volver a la comunidad revolucionaria, se comprende perfectamente esa reacción violenta; esos apóstrofes a los progresistas y ese soberano deslenguamiento que les anuncia que no volverán al poder ni en once años ni en doce, como aconteció en 1831 y 1838. Se comprende también que, como satisfacción cruel de la venganza, les anuncie que los unionistas volverán a ser poder dentro de un año, dos ó tres; lo cual equivale a anunciarles que entonces les pagarán juntas todas las que ahora les han hecho. Si *La Política* fuese otro periódico, le recordáramos ahora el famoso *¡no por ojo, y diente por diente!* de otro colega suyo.

¿Qué diferencia entre el lenguaje de ayer, y aquel lenguaje satírico y zumboso de hace quince ó veinte días, cuando *La Política* decía a los entonces amostazados progresistas: «No tenéis remedio; habéis de vivir con nosotros; nuestra fraternidad es inextinguible».

Y, sin embargo, el artículo de ayer no es más que el principio; poco a poco irá entrando en calor, y nos ha de proporcionar muy buenos ratos: le perdonamos todo lo que ha dicho de nosotros, en gracia de lo que ha de decir de los progresistas: la función promete ser divertida.

Anteayer tarde, a última hora, se leyó en las Cortes el dictamen de la comisión sobre los proyectos de Gracia y Justicia autorizando al gobierno para plantear como leyes los proyectos siguientes:

- La del matrimonio civil.
- La de reforma de la casación en lo civil.
- Sobre el establecimiento del recurso de casación en lo criminal.
- Tres reformas consiguientes en el procedimiento criminal.
- Sobre el ejercicio de la gracia de indulto.
- La de abolición de la pena de argolla.
- La de la pena de interdicción.
- Para la reversion al Estado de los oficios de la fe pública enajenados por la corona, y para la provision de las notarías.

Y continuando ayer tarde el aluvión de proyectos, se leyó en el relativo a la enajenación de las minas de Riotinto que insertamos en otro lugar de nuestro periódico, el de ayuntamientos para Puerto Rico; de diputación provincial y gobierno civil; de orden público; electoral; de extranjería para todas las provincias de Ultramar; de emancipación de los esclavos para la isla de Puerto Rico; declarando libres todos los negros nacidos en la isla de Cuba desde el día 29 de Setiembre de 1833.

Y, finalmente, a última hora, leyó el Sr. Montero Ríos dos, relativos al arreglo y dotación del clero.

Por lo visto, los radicales no pierden el tiempo, y se apresuran a ahondar la sima que los separa de la unión, trayendo a la discusión todos los proyectos que según hemos manifestado antes de ahora, solo estaban detenidos por exigencias de la misma unión, que amenazaba con la ruptura si se traían al debate.

La actitud de los radicales en la sesión de ayer debe haber hecho comprender a los unionistas que los tiempos de su influencia en el gobierno de la revolución de Setiembre han pasado para no volver.

Triste desengaño!

Según uno de los proyectos leídos ayer por el señor ministro de Gracia y Justicia en el Congreso, la nación contribuirá anualmente al sostenimiento de la Iglesia católica con 28.223.300 pesetas 75 céntimos, más 4.993.319 pesetas como subvención transitoria.

El presupuesto se divide en general, diocesano y parroquial.

El presupuesto general se cubrirá con la parte necesaria de las inscripciones de la Deuda entregrada al clero en compensación de sus bienes. Exceptuase la dotación del nuncio y los gastos reproductivos de Cruzada, que habrán de satisfacerse con los productos de esta gracia.

El presupuesto diocesano se cubrirá con el resto de los intereses de los títulos de la Deuda, y el de la gracia de Cruzada, con un impuesto que percibirá directamente el clero diocesano, pagándolo los fieles de la diócesis.

El presupuesto parroquial se cubrirá con el remanente de los productos antes citados y con un impuesto, en la cantidad que fuere necesaria, que percibirá el cura párroco y satisfarán los fieles de cada parroquia.

Los fines de las diócesis y parroquias acordarán, con sujeción a los reglamentos que se publicarán, la forma de recaudación a que se refiere el proyecto.

No se comprende en el dicho proyecto el servicio espiritual del ejército y armada.

Dejando a un lado la consideración acerca de si puede ó no hacerse válidamente eso que se llama *arreglo* del clero, faltando lo lo solemnemente estipulado en el Concilio, mucho más cuando este se acaba de invocar para la supresión de comunidades; haremos solo algunas ligeras indicaciones, sin perjuicio de tratar del asunto con la extensión que merece.

El presupuesto general se cubrirá, según el proyecto, con la parte necesaria de las inscripciones de la Deuda entregada al clero. La pregunta que ocurre es muy sencilla: ¿Se pagarán esas inscripciones, y en caso afirmativo, cuándo y cómo? ¿No se podrá suprimir ese pago, como ahora se suprime el presupuesto regular de aquella clase?

Para lo que falta hasta completar la dotación, se establece un nuevo impuesto, que percibirá directamente el clero: es decir, que después de haberle esquilinado, y después de haber gravado enormemente al pueblo con nuevas contribuciones, se quiere hacer que el clero cargue con la

ción continúa, es la misericordia de Dios, que se valdrá, como medio, de la piel de los fieles.

Han reñido entre sí los canónigos, y el clero ha pagado la quimera.

En el Consejo de ministros que se celebró anteayer parece que se trató de la aprobación del proyecto de ley de reforma del clero que se leyó ayer en las Cortes, acordándose que se admitiera la dimisión del Sr. Nuñez de Arce, que debe publicar hoy la *Gaceta*.

No sabemos si este último extremo será cierto, teniendo en cuenta que no se ha confirmado el acuerdo que ayer mañana se suponía tomado por el Consejo a consecuencia de haber convenido el ministro de Ultramar en apazigar la discusión de los proyectos que tenía preparados, y que, como venían nuestros lectores, han sido leídos hoy en el Congreso.

Ayer despachó con el regente el ministro de Hacienda, habiendo firmado el duque de la Torre los decretos a fundiendo las dimisiones a los señores Suárez Inclán y Ortiz de Pinedo, cuyos decretos se cree aparecerán hoy en la *Gaceta*.

Hasta anoche a última hora seguía la política presentando un aspecto contrario a la conciliación. La parte más ardiente y más numerosa de los radicales seguían oponiéndose a ella, y excitaban al gobierno a que no vacilase en avanzar por la senda radical.

Los unionistas deben ya haber perdido las esperanzas de la *reconciliación*, puesto que la mayor parte de sus periódicos se muestran ya hostiles a la situación.

Según el proyecto de ley de arreglo del clero que, rasgando un solemne pacto internacional, ha leído hoy en las Cortes el ministro de Gracia y Justicia, se suprimen 4 arzobispos, quedando reducidos a 5 los nueve que existían: los obispos eran 54, pero como según el Concordato debían suprimirse diez, y los que quedaban conforme al nuevo proyecto son 33, resulta que los actualmente suprimidos son 11.

El presupuesto del clero se fija en 33 millones de pesetas que serán satisfechos con los productos de sus inscripciones y los de la bula hasta donde alcancen, cubriéndose lo que falte con repartos vecinales; esto es, imponiendo al país, que no puede ya con sus cargas, una nueva contribución.

Ya extrañábase nosotros que los progresistas no hubiesen solemnizado, con alguna fiesta gastronómica, el rompimiento de la conciliación; pero, según venían nuestros lectores por el siguiente párrafo de *La Correspondencia*, el banquete no tardará en verificarse:

«Ayer acordaron varios socios de la Tertulia progresista tener una comida de campo el domingo próximo. Con este objeto se formó una lista muy numerosa de los que mostraron deseos de asistir, y se acordó que esta quedara abierta hasta el viernes próximo. Parece que el sitio designado para la misma es la Alameda de la Florida.»

El campo está hermosísimo y convila a radicales esparcimientos.

Hoy publica *La Iberia* una carta de su correspondiente en París, en que se califica de inmerecida la gran cruz de Carlos III, concedida por el gobierno español al presidente del gabinete francés M. Ollivier.

Las relaciones que unen a *La Iberia* con el ministro de Estado Sr. Sagasta, son causa de que se hayan hecho muchos comentarios y causado suma extrañeza la inscripcón de semejante calificación en el periódico citado.

Por el ministerio de Hacienda se ha dado orden al Sr. Ortiz de Pinedo, cuya dimisión ha sido aceptada, para que entregue por inventario al director de la Caja de depósitos todos los efectos pertenecientes al real patrimonio.

PROYECTO DE LEY PARA LA ENAJENACION DE LAS MINAS DE RIOTINTO.

Artículo 1.º Las minas de Riotinto, reservadas al Estado en virtud del art. 75 de la ley vigente de minas, serán vendidas en pública subasta, en la forma prescrita por la presente ley.

Art. 2.º Por esta venta, el Estado transfiere el derecho de propiedad que tiene sobre el suelo y el subsuelo encañados dentro del perímetro que se demarcará de las minas, y en tal concepto comprenderá:

- 1.º El derecho exclusivo de explotar, beneficiar y exportar las sustancias minerales que se encuentren dentro del término que se señale a dichas minas.
- 2.º El aprovechamiento de los escombros, terreros y canchales contenidos dentro de dicho término, así como el de las aguas vitrificadas procedentes de las encañadas minas y terreros.
- 3.º Las máquinas, aparatos, caballerías, herramientas, pilones, canales y materiales de todas clases que de propiedad del Estado existan en el momento de la venta.
- 4.º Las fábricas, oficinas, talleres y demás edificios destinados a las diferentes fases de la explotación y beneficio de minerales.
- 5.º Las casas, cuarteles y hospital de mineros que de propiedad del Estado existan en aquel establecimiento.
- 6.º La parte de los montes y terrenos pertenecientes al Estado que se conceptúan necesarios para las operaciones de explotación y beneficio.

Los montes y terrenos que queden excluidos de la venta se someterán a la ley general de desamortización.

Art. 3.º Esta venta se entenderá a perpetuidad, y sin perjuicio de someterse al comprador a las cargas y obligaciones que marquen las leyes y reglamentos vigentes de minas.

Art. 4.º Para llevar a cabo la venta, se nombrará previamente una comisión, compuesta de tres ingenieros del cuerpo de minas, auxiliada de un ingeniero de montes y un arquitecto, a fin de que, en un breve plazo de máximo de seis meses, verifique la demarcación de las minas y la tasación de las mismas, así como la de los edificios, efectos y terrenos señalados en los números 3.º, 4.º, 5.º y 6.º del art. 2.º, con arreglo a las instrucciones que se le comuniquen por el gobierno.

Art. 5.º La tasación de las minas y terrenos se hará tomando por la base la utilidad líquida anual que podrá obtenerse de una explotación y beneficio acordadamente dirigidos, teniendo en cuenta las circunstancias de los criaderos, su duración probable, los gastos de preparación, el tiempo invertido en el laboreo, el estado de la finca, las condiciones del mercado de cobres y todo cuanto tienda a influir favorable ó adversamente en el tipo que se deduzca.

Art. 6.º La comisión nombrada a este objeto presentará al terminar su cometido, una Memoria científica.

económica, que abraza circunstancialmente todos los fundamentos de que se ha basado, y las deducciones habidas en cuenta para llegar a la apreciación definitiva, acompañada de un inventario avaluado y de un plano del término que, con arreglo al caso 6.º del artículo 2.º, la misma comisión concejara: necesitará para la demarcación de dichas minas.

Art. 7.º La dirección general de propiedades y derechos del Estado redactará por su parte el pliego de condiciones económicas que, unido a los antecedentes señalados en el anterior, formarán el expediente de venta.

Art. 8.º Para dietas y gastos que se originen en el aprecio y tasación de la mina, levantamiento y rectificación de planos y demás trabajos que deban practicarse por la comisión indicada en el art. 3.º, se satisfarán con cargo a la sección 10, capítulo segundo, art. 3.º, del presupuesto general de gastos.

Madrid 23 de Marzo de 1870.—Laureano Figuerola.

PARTE OFICIAL.

La *Gaceta* de ayer publicó un decreto del ministerio de Marina nombrando comisario del almirazgo al diputado de las Cortes D. Gaspar Rodríguez.

REVISTA DE LA PRENSA.

La Política, convencida, aunque tarde, de que todos sus ruegos en pró de la conciliación no merecían por parte de los radicales sino el más absoluto desprecio, se quita a medias la máscara, y aparte de algunos graves conceptos que nuestros lectores verán en otro lugar, se explica en estos términos, que estamos seguros de que los radicales van a decir mañana que no revelan sino la ira y el despecho:

«O son unos imbéciles, que no se enteran de lo que pasa ante sus ojos, ó son unos malos, que aseguran lo contrario de lo que saben, todos aquellos que dicen que la unión liberal ha deseado y provocado el rompimiento de la conciliación.»

Así comienza *La Política* su largo artículo, en el que intenta probar que el gobierno y los radicales son los que han querido la ruptura de la conciliación, procediendo de mala fe con los unionistas.

Como complemento del espíritu que en *La Política* domina, copiamos los siguientes párrafos:

«*La Independencia Española* dice textualmente que el sábado se hizo la revolución.»

No tenemos inconveniente en aceptar el sueldo de nuestro colega, añadiendo al verbo la preposición *des*, suprimida sin duda por los cajistas.

Es indudable, en efecto, que el sábado se *des*hizo la revolución.

«Uno a uno se van presentando al general Prim los jefes de los voluntarios de la libertad, ofreciéndole su apoyo para un caso de apuro, y uno a uno los va *El Imparcial* nombrando».

Para que la fuerza sea mayor y el ímpetu más

Las tertulias progresistas de provincias empiezan también a enviar telegramas felicitando al gobierno por la ruptura de la conciliación. La primera ha sido la de Sevilla, ejemplo que han seguido la de Valencia y algunas otras.

Turbábase has.

El Universal fiel en sus propósitos, sigue declarando contra la conciliación y poniendo de oro y azul a los unionistas, en los siguientes términos:

«No nos ha extrañado, pero al común de las gentes poco conocedoras de la historia y la idiosincrasia de nuestros partidos, si ha causado grande y peregrino efecto, la actitud del unionismo después de la famosa votación del sábado. Tantas amenazas, tantas iras, tantos y tan siniestros pronósticos, han hecho lugar a un tono quejumbroso y una exterioridad humilde y resignada de parte de los hombres de la unión.

«Un sacrificio más, han dicho ahora, como dijeron al día siguiente de la reunión de los radicales en que se acordó discurrir en seguida la Constitución de Puerto Rico. «Un sacrificio más de nuestra parte en aras de esa reconciliación, que tantos dolores nos cuesta. Una prueba más de nuestro afecto a esos ingratos, que uno y otro día nos vienen importunando con sus discursos, sus indirectas y sus ambiciones. Resignémonos y no rompamos, ó al menos pongamos de nuestra parte todo lo necesario para la *reconciliación*».

Y de aquí la voz de *jallo las dimisiones!* Lo que en otros términos equivale a «conservemos las avenidas del poder en Madrid y los beneficios de que disfruta y de may atrás nuestros amigos en las provincias.» Y como para esto es necesario reducirse a una actitud mudo, tomar aires de bondad y blasonar de mucho juicio, de aquí que hasta la *brava* y levantisca *Política* se nos venga anoche con unas consideraciones y un tono á que verdaderamente no nos teníamos acostumbrados.

Todo iría bien, si los unionistas, dejando que sus diputados empleen los licenciosos caminos de sus destinos para lograr que los conservasen sus michas y buenas hechas de fuera de la Cámara, nos permitiesen agraciarnos sus excelentes razones y sus innegables argumentos, por lo que hace al porvenir del partido radical. Pero es el caso, que si no ellos, amigos suyos y de mucha intimidad, han dado en la flor de introducir la escusa entre los dos grupos que constituyen el radicalismo, trabajando por la armonización pasiva de los progresistas a la ambición satánica de los demócratas.

Y de aquí las insinuaciones contra tal ó cual hombre político; de aquí los esfuerzos para que el Sr. Becerra sea sustituido por cualquiera otra persona que, retirando los proyectos de ley sobre Puerto Rico, motive la prevención, y al cabo el desvío de una considerable parte de la mayoría; de aquí las tentativas para envolver en sus redes y comprometer a quienes se quieren *reconciliados* hacer pasar como muy ajenos al banjo conservador, y de aquí otro montón de detalles y de menudencias, que no pueden quedar desapercibidos para quienes están algo acostumbrados al febril movimiento de la política unionista.

De todo esto sacarán nuestros amigos la provechosa lección de que al unionismo es su trabajo no temerle, por más que, en otro sentido, y por lo que hace a nuestros diplomáticos, y a desinteresadas sugerencias, sea muy conveniente estar en guardia, pues en circunstancias tan graves como las presentes, el peligro no sólo puede venir de la actividad y las fuerzas del enemigo, sino de la inacción, la disonancia ó las diferencias dentro de nuestras filas.

No lo echamos en olvido: la alianza del progresismo y de la democracia está en la naturaleza misma de las cosas desde el momento en que la segunda, ante la crudeza de la realidad, depone la intransigencia de escuela, y el otro por el mero hecho de la revolución rompió con los respetos que imponía una tradición a las alanzas. Entrámbos tienen por precisión que estar juntos, y más en estos difíciles momentos en que al grito del general Prim y al silencio de la discreta política pública, el Sr. D. Rivera, han adquirido una, demeritadas y progresistas, como *radicales*, a la defensa del actual orden de cosas contra la emboscada de los unionistas, los republicanos y los absolutistas, monstruosamente coaligados.

De ahora en adelante que los radicales y los manejes de

nuestros enemigos cogerán ya muy sobre aviso a todos los radicales, concededores de lo crítico de los momentos por que atravesamos, y en que está comprando nada menos que el porvenir de la revolución de Setiembre. Pero esto no quita para que nosotros insistamos en dar la voz de alerta, á fin de que, cuando menos, nuestros adversarios sepan que estamos perfectamente al cabo de sus propósitos y sus intrigas... que llamáramos metafísicas, si su mestizaje no fuera del género de Herré y de Offmback.»

La Igualdad dedica al general Izquierdo el artículo que copiamos á continuación. Repugnancia nos cuesta hacerlo, pues atacar á un personaje que no es político, á pesar de haber hecho cuanto ha practicado el Sr. Izquierdo, y que además se encuentra en la infancia, nos parece un acto poco militado de parte de nuestro colega:

«Al insertar en nuestro número de ayer la atenta carta del general Izquierdo, y habiendo á su vez rubricado el honor que se merecen, decíamos que nos complacía saber que rechazaba la calificación de *unionista* y que admitíamos que no hubiera estado afiliado en ningún partido político hasta la revolución de Setiembre. En lo que no estábamos en forma era en que el general Izquierdo no hubiera sido hombre político; porque una persona de su talento, de su edad, de su posición y que ha desempeñado mandos militares importantes en nuestras recientes luchas civiles, no podía ménos de tener un criterio ó opinión propia acerca de la política de los partidos militantes.

Esto decíamos ayer, creyendo hacer justicia al general Izquierdo, cuyos antecedentes no conocíamos.

Hoy, mejor informados, nos permitiremos dirigirle las siguientes preguntas:

«Era hombre político el hoy general Izquierdo en Octubre de 1841, cuando, siendo ayudante del virrey de Navarra, general Rivera, se pronunció en dicha plaza á las órdenes del general O'Donnell contra el gobierno progresista del regente don Juan de la Victoria?»

«¿Fue entonces á Francia con sus compañeros de insurrección como hombre *político-militar* ó como *militar-político*?»

«¿Moraba que aquella insurrección, simultánea é idéntica á la de León y Concha en Madrid, á la de Borsá de Carminati en Aragón y á la de Montes de Oca en Vizcaya, era obra de los montañeses y de María Cristina, y que tenía por objeto derrocar al regente Espartero y al gobierno liberal?»

«Y si lo sabía, porque era imposible que lo ignorara, ¿sin embargo tomó parte en aquella insurrección cuyo objeto era eminentemente político, ¿puede sostener ahora con fundamento que nunca ha sido hombre político?»

En el año de 1856 el general Izquierdo, entonces coronel, fué destruido á Comandante a Talavera, siendo ministro el general O'Donnell, y como no tenemos noticia ni creemos que hubiera cometido ninguna falta militar que motivara aquella determinación, debemos suponer que fué debida á su significación política.

Si, á pesar de esto, insiste el mencionado general en que no ha sido hombre político, no tenemos interés alguno en contradecirle. Antes por el contrario, aceptaríamos su autorizada opinión con el mismo placer con que hemos visto en su carta la formal promesa de seguir con los más adelantados el impulso de la revolución, hasta que llegue á su feliz término, sin temor de acercarse á los republicanos, como por vía de prevención ó de advertencia pedagógica indica en su número de ayer *El Diario Español*, que sin duda no ha podido dejar de tener los dos discursos que el general Izquierdo pronunció en las reuniones republicanas del circo de Price á la raíz de la revolución de Setiembre.»

De nuestro colega *La Fidelidad* copiamos lo siguiente:

«Si hemos de creer á algunos periódicos radicales, la crisis ministerial no se detiene en el Sr. Topete, sino que continúa por la salida de dos ministros progresistas y una demócrata, que serán, á lo que parece, sustituidos en idéntica forma.

Compréndese que los progresistas son los Sres. Sagasta, á quien le había agraciado á última hora la idea de conciliación, y Figuerola, antes del día de los bonos y las minas y de otros llos, y Becerra, que no puede ya buenamente sostenerse en Ultramar.

Variase mucho respecto á quienes han de sustituirlos; pero nosotros, teniendo en cuenta la altura de la situación, proponeríamos para Estado al progresista Rojo Arias, cuyos méritos son ya más que suficientes para ese cargo, y que *excluidos* de los embajadores unas cuantas peroraciones hidrófobas contra los carlistas, les dejara ratificados. Después de todo, habiendo desempeñado esa cartera el cándido Martos, no vemos inconveniente en que se le conceda al progresista Rojo Arias, porque allí se van los dos en cuanto á diplomacia y otros conocimientos.

El ministerio de Hacienda debe proveerse exclusivamente por Prim con un título de la Tertulia, porque nadie como el presidente del Consejo, tiene interés en las cosas de la Hacienda, sin las cuales no hay... guerra.

Y para Ultramar la justicia aconseja que se nombre á Coñod y Ortiz, porque al cabo le viene de herencia y quizás á fuerza de discursos, vasos de agua, y azucarillos, que no haya Ultramar sino ultra-tierra, porque se seque el Océano.

De seguro que el ministerio quedaría así completo y digno de la grandeza de la revolución de Setiembre. Nota. Debiéramos nombrar ministro secretario de Hacienda con opción á la primera vacante, á Gasset y Artina, lo que casi casi equivaldría á coronar la obra de la gloriosa.»

No carece de oportunidad el artículo que *El Pueblo* conciliación y á los unionistas dedica *El Pueblo* con el título de

LOS CARTAGINESSES.

Viéronse estos traidores, fingirse amigos para ser señores.

Viejos y todo como pueden parecer estos dos versos, todavía tienen aplicación á la historia contemporánea. Nosotros lo sentimos, lo sentimos por el decoro de la patria, y sentimos mucho más que vengan á la memoria en momentos en que era lícito esperar otras impresiones.

Pero el hecho es que las circunstancias les prestan un valor excepcional.

Duénos, por fin, los cartagineses de casi todas las posiciones militares: de no pocas ni demasiadas modestas entre las civiles; de la primera magistratura política y de una tan buena como importante porción de las diplomáticas, dijeron para sí: ¿por qué no hemos de ser dueños de la nación española?»

Y buscaron un símbolo que les sirviese de bandera.

Y lo encontraron entre los desechos de la Francia.

Y le saludaron humildes.

Y le proclamaron alicados.

Y sedujeron, y amestazaron, y pecaron, y se arrepintieron á su sombra, esperando en vano una ocasión propicia para embalar y vender, ó para vender sin embalar, ó en el momento en que en Caliz, en en Málaga, en Jerez, en en Barcelona, en en Zaragoza, en en el ministerio de los cartistas, ni por ministerio de los demócratas.

Cualquiera otro hubiera desmayado y convertido de veras y enmendándose de una vez á fuerza de tantos desengaños; pero ellos tuvieron fe.

Y tentaron todos los medios.

una fórmula sencillísima. Donde hay mucho ejército, hay poca libertad; donde hay mucha libertad, hay poco ejército. Ejemplo: Suiza y los Estados Unidos. Todos los pueblos libres, sin excepción el pueblo inglés, creen que la libertad es incompatible con un ejército forzoso.

La idea de que es imposible la sociedad moderna sin ejército numeroso, me recuerda la idea heleno-latina de que era imposible la sociedad antigua sin numerosa esclavitud. De aquí la caza de esclavos, enviados unos a trabajos forzados y porpósitos, y otros a divertirse a sus señores en los espectáculos del Circo. ¿Cuántas veces uno de aquellos infelices que creían muertos cuando solo estaba muriendo, alzaba en el espolario, reanimado por el fresco de la noche, y en la vida, de pie sobre su propia sangre conculcada sobre los cadáveres de sus compañeros, una maldición a la soberbia Roma! Y aquellas maldiciones condensaron en una nube apocalíptica en torno de Roma, y de esa nube bajaron los ángeles exterminadores, los gérmenes, los bárbaros, que fueron los vengadores de sus padres, los vengadores de los esclavos.

La sociedad antigua, que era una sociedad guerrera, fué la disolución por sí misma. La sociedad moderna, que es una sociedad industrial, va a la bancarrota por sus soldados. No hay pueblo que no se halle abrumado bajo el peso de su deuda. No hay presupuesto que no se cierre en déficit. Y la deuda se explica por la guerra, y el déficit se explica por el ejército.

Yo comprendo la idea que tan elocuentemente expresaba hace pocas noches el Sr. Albareda definiendo el ejército. Para él esa institución es como un gimnasio donde los cuerpos se robustecen y adquieren esa viril salud, sin la que la vida es una convalecencia continua. Renunciar al combate, yo lo declaro, es renunciar a la vida. El universo me parece un poema guerrero; la inteligencia no se excusa de esta ley, puesto que se desarrolla en grandes contiendas; y en la cima del Cosmos está sentada la muerte, que azuza unos séres contra otros séres, para que se cumpla por un conjunto de mutuas destrucciones la ley suprema de la transformación universal.

Yo no quiero convertir al hombre, quitando de la vida el anhelo por lo perfecto y la penosa investigación de la verdad, que en el fondo es un combate; yo no quiero convertir al hombre en el sultan del universo, embriagado por el placer que le envía y que le envilece.

Pero yo creo que hay un ejército más saludable que el ejército de la guerra, y hay una lucha más fortalecedora que la lucha en los campos de batalla. Para las sociedades antiguas, que no creían en el trabajo, la guerra era una necesidad imperiosa. Pero nosotros que tenemos el vapor en nuestras manos; que escribimos con las chispas del rayo, no arrancado por el antiguo Prometeo a los cielos; que fabricamos túneles sobre cuyas colinas pasaban los barcos de todas las naciones y las mareas del Océano; que abrimos los Alpes para enviar al través de sus graníticas moles los productos del comercio; que desafiando todos los elementos hundimos en los senos del Atlántico un cable por el cual tenemos, como una flota domesticada, atado a nuestras manos el mar que nunca se atrevieron a explorar los antiguos; nosotros podemos muy bien cambiar la espada sangrienta de la guerra por el pincel escultórico del trabajo.

Estas consideraciones harán decir a muchos que yo desato la disolución del ejército. A falta de otras cualidades, nada podrá nevarme con justicia la franqueza. Yo en política me inspiro en la razón especulativa y en la razón práctica. Yo mido la línea de lo ideal y la línea de lo posible. Yo no creo posible hoy la disolución del ejército. Pero yo creo necesaria, yo creo urgentísima su transformación. Lo que no puedo continuar es el sistema de quintas, sin exposiciones a grandes y terribles catástrofes; que no hay catástrofe tan grande para una Asamblea de sufragio universal, para un poder democrático, popular, como perder la confianza del pueblo. Y las quintas, señores diputados, las quintas os harán odiosos a la nación española.

Yo tengo una convicción tristísima: la convicción de que la patria humana para nada sirve en estas Asambleas. Si de algo sirven, los discursos pronunciados por la minoría republicana os hubieran persuadido, porque han demostrado que las quintas interrumpen la vida del trabajador; desgarran infinitos corazones; sembrar la tristeza en los pueblos; son fomento de grandes inmundicias; separan las provincias exentas del resto de las provincias españolas, con menoscabo de la unidad nacional; mantienen vivas las rivalidades, las envidias entre las clases sociales, con menoscabo de la paz pública; porque mientras que la madre rica redime a su hijo con el valor de la más pequeña de sus joyas, la madre pobre, que lo ama tanto, que tanto lo necesita, ve el hijo de sus entrañas irse del hogar, irse de su corazón; y no hay dolor en el mundo como el dolor de una madre. No digáis que mantenemos vivas las envidias, los celos entre los ricos y los pobres. Quien mantiene tal género de intranquilidad sois vosotros; si, vosotros que transis esas bárbaras leyes.

El Sr. Marquina, con grandes consideraciones que yo le agradezco, me decía que reina una contradicción perpetua en mi manera de considerar el ejército. El año pasado, según S. S., apoyaba yo el ejército voluntario, y este año lo combatí. Yo explicaré esta contradicción, que solo es aparente. Divido el ejército en forzoso, que no lo quiero nunca ni para ningún pueblo; es voluntario, que tampoco lo quiero, porque es muy ocasionado a convertirse en pretoriano, y que sin embargo prefiero al ejército forzoso; y por último, en ejército de ciudadanos, ejército nacional, que es un ejército, y cuyo modelo encuentro en una república federativa, en Suiza.

Este ejército en tiempo de paz está en su casa y deja la defensa de la sociedad contra los malhechores a la policía municipal, a la policía judicial, a los gendarmes, a la guardia civil. Solo cuando la patria pelagra, cuando su independencia está amenazada, corre a las armas y salva la honra y la independencia de la patria. Ese es un ejército, y ese ha de ser el ejército del porvenir en Europa.

Hablamos mucho de nuestras gloriosas tradiciones, y no sabemos recordárlas. El ejército nacional en España es una gloriosísima tradición. Extendidos los ojos por las grandes batallas que en la Edad Media levantaron desde los riscos de Covadonga hasta las playas de Trafalgar, el suelo querido de la patria. En todas ellas había ejércitos reales, ejércitos señoriales, pero había también un núcleo poderoso de ejércitos populares. Recordad si no, la más gloriosa entre todas esas batallas, la batalla de las Navas, que cortó la invasión de los Almorávides. A ella asistieron milicias de Suria, de Toledo, de Segovia, de Valladolid, de Atienza y de otros pueblos. Aquellos municipios libres daban soldados ciudadanos, con jefes por ellos nombrados, a la sublime obra del sangriento rescate de la patria. Así, cuando los reyes sustituyeron a esos ejércitos sus ejércitos permanentes, y los caudillos populares subieron en Villalar al patíbulo, las Cortes, los jurados, los municipios, toda la idea liberal sucumbió, y pudo impunemente extender la monarquía absoluta su tiranía por nuestra conciencia.

Pero todavía tenemos tradiciones de ejército nacional, más vivas y más cercanas. No eran otra cosa, no eran sino el germen de ese ejército, nuestras milicias provinciales, fundadas en el siglo XVIII. Dadas en las partes de los ejércitos nacionales, me parece un error contra la razón universal; dudar aquí, dudar en España, me parece un crimen contra la patria.

El mundo ignoraba que existiera aún la guerra de los pueblos. Parecía un recuerdo clásico relegado al culto de la antigua belleza en las escuelas literarias. Federico de Prusia y todos los grandes tácticos no habían

contado con eso. Pero registrad las grandes obras militares de nuestro tiempo, sobre todo la obra alemana de Rostow, catedrático de táctica en Zurich, y allí encontrareis que nosotros hemos reído al mundo la guerra de los pueblos en nuestra lidia de la Independencia. Y lo que todo el mundo sabe, lo ignora una Asamblea española: y lo que todo el mundo dice, se olvida, al organizar nuestro ejército, en este recinto; Napoleón había llegado al completo desarrollo de su genio guerrero desde 1800 a 1808. Todos los ejércitos que había opuesto a su rápida táctica la táctica prusiana, y a su idea revolucionaria el derecho divino de los reyes, todos habían sido rotos y vencidos por la superioridad de su genio. En un mes humilló a Prusia; en tres meses a Austria. La táctica de Carnot, perfeccionada por el genio de Bonaparte, había hecho estos milagros; y Europa entera estaba a merced de esa táctica, rápida, ofensiva, en armonía con el carácter francés y con el tempestuoso entusiasmo de sus ejércitos.

Pero ¿cómo se estrelló esa táctica? ¿Dónde fueron sus cálculos burlados y deshechos sus reglas matemáticas? Allí donde Napoleón, en vez de encontrarse con ejércitos de reyes, se encontró con ejércitos de pueblos. Y como este encuentro lo tuvo en España, aquí, aquí fué humillado su genio, y en nosotros aprendieron los pueblos a vencer a los conquistadores y a los tiranos.

Todas las ventajas estaban por él; todas las desventajas por nosotros. Él se había llevado a nuestros reyes, que nos mandaban obedecerle; él, con Murat, se había apoderado traicioneramente de Pamplona y de San Sebastián; con Moreau y otros, de Figueras y Barcelona; con Junot, de Portugal. La Península ibérica tenía sus dos manos enclavadas por los ejércitos franceses de Oriente, y sus pies enclavados por los ejércitos franceses de Occidente. Era un pueblo crucificado por la alevosía y la traición.

Pero no muere nunca el espíritu de un pueblo. La guerra fué proclamada por la nación, sostenida por la nación, y la nación venció. Aunque no tuviéramos otra gloria, nos bastaba esta para nuestro legítimo orgullo. Aunque no hubiese otra prueba, esta prueba bastaba para sostener y popularizar los ejércitos nacionales. El soldado de línea se perdió en la inundación de los soldados populares. Los generales de batalla se perdieron o se disiparon en la nube inmortal de los guerrilleros.

Cuando Asturias declaró la guerra, el gobierno inglés buscaba y no podía encontrar aquella humilde en el mapa. Era, como en tiempo de Pelayo, la humilde pero pródiga bellota de que había de brotar la sagrada encina de nuestra nacionalidad. Santander, que siguió a Asturias, reunió 5,000 hombres, cuyo núcleo era la milicia provincial de Laredo. Galicia reunió 40,000 hombres, y a su cabeza iban aquellos batallones literarios, compuestos de estudiantes que habían cambiado los libros por las armas. Un vendedor de pajaritos ponía en Valencia sobre un trozo de caña su colorada fajá, y aquella era la bandera de la patria, y aquel harapo conducía a la guerra y a la victoria. La voz de las campanas que tocaban a rebato despertaba a los almogabares de Igualada y de Manresa, que soterraban a los franceses bajo los riscos del Bruch. La primera defensa de Zaragoza, aquel esfuerzo que no tiene igual en la historia, aquel sacrificio sublime de un pueblo, más grande, más heroico, más inmortal que el sacrificio de Buto y de Catón, aquel sacrificio que acaso no se renovará en el mundo, fué la obra de un pueblo delirante por su libertad.

En la misma batalla de Bailén había 9,000 hombres de línea. Los restantes hasta 25,000 fueron improvisados por el heroico genio de nuestra Andalucía. Allí perdió el grande ejército la virginidad de su gloria. Allí el águila del César fué herida en el ala para ser más tarde herida en el corazón. Cuando Bonaparte lo supo, lloró, y lloró porque pelotones de guerreros improvisados habían deshecho los veteranos que él forjara en el horno de la guerra.

Se me preguntará: ¿olvidáis a Wellington? No lo olvidó, no lo ha olvidado la historia. Pero recordad que el mismo ejército de Wellington no era un ejército forzoso, sino un ejército de voluntarios. Recordad que dos veces nos abandonó en la batalla; recordad que en 1810, en 1811, en 1812, en 1813, el peso de la guerra cayó sobre nuestros grandes guerrilleros, que burlaban la táctica sibia de Napoleón con la táctica popular de Viriato. El mayor servicio que Wellington nos prestó fué pisando a los ejércitos franceses cuando se volvían desmayados, desangrados y flacos; irlos persiguiendo desde Salamanca a Vitoria, desde Vitoria a Tolosa, desde Tolosa a San Sebastián, desde San Sebastián hasta las riberas mismas del Adour, hasta el seno mismo de Francia.

Pero el pueblo produjo los ejércitos, los mantuvo con su entusiasmo, los impulsó con su aliento, los animó con su sangre, los salvó con su genio táctico, representado por los inmortales caudillos, y enseñó a Europa entera la vida y la fuerza que hay en el seno de las naciones.

Pues bien: eso quiero yo; eso pido yo; que tengamos solo ejército de ciudadanos cuando lo necesitemos para tan grandes sacrificios.

No quiero hablar de la política actual; razones de prudencia me lo vedan; pero en estos momentos supremos tenéis que elegir entre dos escuelas políticas que dividen esta Asamblea. Los últimos sucesos han cambiado la situación de la mayoría, la situación de la minoría, la situación del gobierno. Aquí hay dos escuelas. Hay una escuela que busca primero la tradición y después la libertad; hay otra escuela que busca primero la libertad y después la tradición: hay una escuela que quiere que los derechos individuales emanen de la ley; hay otra escuela que quiere que los derechos individuales sean ilegales, porque emanan de la naturaleza; hay una escuela que representa, con justos títulos y con grandes fundamentos históricos, los privilegios de las clases medias; y hay otra escuela que, con no menores títulos, representa los derechos de todas las clases sociales: hay una escuela que cree que la democracia debe ser estar todavía en tutela; y otra que cree, con razón, que es ya tiempo de emancipar a la democracia: hay una escuela que quiere una autoridad muy grande y una soberanía nacional muy pequeña; y hay otra escuela que quiere una soberanía nacional muy grande y una autoridad muy pequeña.

Hay una escuela que quiere centralización y ejército forzoso; y hay otra escuela que quiere descentralización y federación y ejército nacional: hay una escuela doctrinaria, y otra escuela democrática; elegid la una o la otra; mas para acertar en vuestra elección, comenzad por suprimir las quintas, que es la aspiración de la escuela verdaderamente democrática, porque las quintas son el horror y la abominación de los pueblos. He dicho.

El Sr. ALBAREDA: Empresa superior a mis fuerzas es, señores, contestar al brillantísimo discurso del Sr. Castelar; y por eso el temor que siempre me embarga cuando dirijo la palabra a la Asamblea, hoy es tan grande que no encuentro expresiones en mi ánimo para contestar al que yo considero, no ya entre los más distinguidos de la Cámara, sino como el primero de los oradores que hoy usan la palabra en los Parlamentos modernos. No hubiera tomado sobre mi esta tarea si no me hubiera dado cuenta de que la causa que defiende es la de la verdad; así como el proyecto que nos ocupa debe considerarse bajo el punto de vista práctico y de las necesidades que llenan, y no bajo el del sentimiento y las ideas humanitarias en que lo ha colocado el Sr. Castelar; pues créame S. S., de la aprobación de este proyecto depende en gran parte que la revolución

y la libertad se salven ó se pierdan en nuestra patria.

Decía el Sr. Castelar que la humanidad tenía que sostener una guerra constante, pero que hoy, en el siglo XIX, no es ya la lucha de los campos de batalla, sino la pacífica y más fructuosa de la inteligencia. Y cuando yo oía a S. S. presentar el cuadro del último punto a donde la civilización puede ir, no se levantaba en efecto en mi ánimo la idea, proclamada por alguna escuela, de que la guerra es permanente y eterna; al ver la especie de paisajes que S. S. nos pintaba, yo sentía impulsos de levantarme de mi asiento, correr hacia el orador y confundir con los suyos en un abrazo mis deseos y mis aspiraciones por esa bienaventuranza. Pero, señores, eso ideal no lo veremos realizado probablemente nunca; eso se quedará como una bella concepción del espíritu, y tendrá razón la escuela católica cuando considera la guerra como providencial é inevitable.

Pero desentendamos de la alta esfera de las ideas, y vengamos ya a la parte práctica de la cuestión que discutimos. El Sr. Castelar combate los ejércitos permanentes y aboga por los ejércitos de ciudadanos. Y los que vivimos por educación y por necesidad en la práctica de las naciones y de los principios de gobierno, no podemos seguir a S. S. en ese camino; yo hubiera podido interrumpir al Sr. Castelar preguntándole en qué país del mundo hay ese ejército que S. S. defiende. ¿En Suiza? (El Sr. Castelar hace un signo afirmativo.) Dice que si el Sr. Castelar. Pues ya tenemos un punto concreto en el debate; el Sr. Castelar desea para su patria un ejército semejante al ejército suizo. Pues veamos si la organización militar suiza ha respondido como la de España a las vicisitudes semejantes por que han atravesado ambos pueblos.

No seríamos justos si negáramos a la nación suiza condiciones de valor, de energía y de patriotismo iguales a las de que ha dado prueba la nación española. Y siendo así, veamos qué ha pasado en Suiza con esa organización militar de que el Sr. Castelar se presenta partidario, y qué ha pasado en España en épocas análogas. Bástame para ello traer a la memoria de los señores diputados dos cifras: 1802 y 1808. ¿Qué hizo en 1802 y 1803 Suiza con sus baluartes naturales, sus bravos montañeses y la protección de las potencias europeas?

Constante motivo de rivalidades y disturbios interiores el organismo federal, la situación de aquel país era imposible para un gobierno como el francés, que quería tener paz, y el primer consúl de la república hubo de retirarse como a niños de escuela. Y sin embargo, de que Inglaterra había enviado allí sus agentes, de que no faltaba a los suizos oro y de que estaba herida la susceptibilidad nacional, ¿qué es lo que pasó, señores? Que se presentó en Suiza un oficial francés a intimar la paz entre los cantones que ardían en discordias y a manifestarles en nombre del primer consúl que era preciso que fuera una comisión a París para recibir sus órdenes y sus inspiraciones. Y aquellos valientes soldados y aquel ejército nacional no ofreció resistencia y fueron a París los comisionados. Compare el Sr. Castelar esto con lo que sucedió en España en 1808, y no era que faltase al pueblo suizo patriotismo y energía, no; lo que había allí era falta de fuerza física.

En 1847 aconteció una cosa semejante; volvieron los cantones a estar en pugna, y Guizot hubiera también intervenido a no haber ocurrido poco después la revolución francesa de 1848. ¿Y qué sucedió en España en 1808? Se dice que la nación se levantó a protestar contra la nación francesa, pero que no había ejército que sostuviera esa protesta. Aquí el Sr. Castelar se aparta un poco de la verdad.

No quiero entrar en una discusión sobre si la independencia de nuestra patria se debió al ejército ó a la nación; yo creo que se debió a ambas cosas: el pueblo mantenía las fuerzas del ejército francés; pero las batallas dadas fueran de ejército contra ejército, en las que no se puede disputar la gloria que alcanzaron las tropas españolas.

Entonces os preguntaré yo a vosotros que queréis ejército de ciudadanos: ¿quién son los voluntarios realistas? Podéis ser muy enemigos de los ejércitos, pero vuestra conducta es la que los hace más necesarios.

¿Por qué han olvidado, preguntáis, los que defendieron en ciertos momentos la abolición de las quintas, sus compromisos?

Yo no tengo que vindicarme de esto, porque nada he ofrecido, pero bastaría para hacer esa vindicación una sola frase: si vuestros amigos se limitaran a la propaganda pacífica, es posible que no se hubieran olvidado esos compromisos; pero no es fácil que los cumplan cuando nos hallamos en peligro de que se repitan sucesos anteriores en que llevabais un ejército mil veces más forzoso, no para defender la soberanía nacional, sino vuestra propia y exclusiva voluntad.

Pero el ejército es la ramera de la libertad; y cuando el Sr. Castelar decía esto, yo me preguntaba: ¿Cuándo se ha hecho un movimiento liberal sin que le haya realizado el ejército? ¿Tenéis vosotros esperanza alguna de llevar a cabo la revolución de Setiembre, hasta que puesto en contacto el pueblo con el ejército se realice ese gran movimiento nacional?

¿Qué grandísima ingratitud! ¿Quién había de decir al pacificador de España que habían de llegar a sus oídos las furiosas diatribas lanzadas por la parte más liberal, ó que se creía más liberal de esta Cámara, contra la influencia y representación del ejército de España!

Si después del testamento de Fernando VII hubiera desaparecido el ejército, hubiésemos tenido libertad un solo día! Hubiera habido temporadas en que mandaran los federales y otras los absolutistas; pero la libertad habría perecido en España.

No digáis que ha habido ocasiones en que el ejército ha destruido esa libertad.

Un deber patriótico nos obliga a no volver la vista sobre lo pasado; pero la verdad es que siempre que ha ocurrido esto ha sido porque el pueblo, ante los excesos de la libertad, ha reclamado el derecho de vivir y de que se le libre de esos excesos.

No quiero citar hechos de nuestra patria por no herir susceptibilidades; pero recordad lo sucedido en Francia. Ocurrió allí la revolución en 1848, y aquel ejército que acaba de llegar de la Argelia, los vencedores de los árabes, apenas dispararon un tiro, porque la revolución estaba hecha y el pueblo entró en las Tullerías y se consumó la revolución.

Hay políticos que quieren convertir el país en una especie de masa en que se impriman y realicen sus locas aspiraciones; al paso que otros políticos queremos fundar la libertad que existe en Inglaterra, en Bélgica y en Italia.

No osotro tenemos en nuestro favor los ejemplos de la historia; vosotros no podéis presentar como consecuencia de vuestras doctrinas más que el imperio de la reacción.

Y no citeis el ejemplo de los Estados Unidos; porque cuando Washington los organizó, se vió combatido como modorad. Sin embargo, aquellos moderados hicieron esa Constitución de donde arranca la prosperidad de los Estados Unidos.

Ovidámos, pues, esas exageraciones tan insensatas como bellas; persuadámonos de que hay que hacer lo que se ha hecho en Inglaterra: venga el rey que se considere más conveniente; y establezcamos la monarquía y consolidemos la libertad.

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gómez): Se suspende esta discusión. El señor ministro de Ultramar tiene la palabra.

Dicho señor ministro subió a la tribuna y leyó tres proyectos de ley: uno sobre extranjería en Puerto Rico; otro de organización de ayuntamientos para la expresión de la voluntad pública; y otro de orden público para la misma.

Se leyeron y pasaron a las respectivas comisiones.

El Sr. VICEPRESIDENTE (García Gómez): Continúa la discusión interrumpida. El Sr. Castelar tiene la palabra para rectificar.

El Sr. CASTELAR: El Sr. Albareda, en el elocuente discurso que acaba de pronunciar, ha demostrado tener bien escasa confianza en la libertad. Si la libertad no encuentra más seguro que el ejército, perdida está la libertad. El apoyo de la libertad es el pueblo. Aquel que no la comprende en toda la trascendencia de sus derechos y que no está decidido a cumplir los deberes que impone, jamás será libre. Las puntas de las bayonetas no infundirán nunca a un pueblo las virtudes severas de la libertad. El gobierno de una nación que llega a esa alta dignidad, solo debe fundarse en los votos de los ciudadanos, y no en la fuerza de los soldados.

El Sr. Albareda cree que al defender la lucha del trabajo y condenar la lucha de la guerra sueña con un paraíso. Estudiad la evolución de la guerra, y veréis cómo cada día este azote es más difícil.

En la Edad Media la guerra era de casa a casa, de familia a familia; triste sociedad, representada por aquella torre de Pisa, donde el conde Hugolino, sacificado por venganzas guerreras, romió de hambre el cráneo de sus hijos.

En los tiempos modernos, las guerras religiosas han concluido por la tolerancia universal; las guerras internacionales dinásticas, por el predominio de la soberanía popular y el procedimiento rápido de las revoluciones; las guerras mercantiles, por los tratados de comercio.

Ya solo son posibles las guerras territoriales; la guerra de Francia por el Rin, la guerra de Prusia por la Alemania meridional, la guerra de Italia por Roma. Pero hasta tal guerra será imposible mañana, porque se fundarán y se fundarán muy pronto por medio de la república universal, los Estados Unidos de Europa.

Desengáñese el Sr. Albareda. Los pueblos libres proceden como los Estados Unidos. Después de haber sostenido una guerra titánica; después de haber gastado en esta guerra 100,000 millones, tanto como vale España; cuando clavaron el pabellón de la democracia en la Babilonia de la aristocracia, disolvieron aquel ejército y sus soldados y sus generales se transformaron en ciudadanos.

El Sr. Albareda piensa que los republicanos federales deben ser ángeles, séres de una inteligencia, de una fuerza sobrenatural, cuando se extraña de que Suiza cambie bajo la omnipotencia de la república, y sobre todo del imperio francés. Pues qué, ¿no sucumbieron los reyes de la tierra? ¿No fueron aplastadas naciones de millones de almas? Suiza era entonces un campo de batalla. No atribuya el Sr. Albareda su desgracia a su federación. Al contrario, la federación le sirvió para conservar su libertad, mientras el pueblo su vencedor, Francia, espera todavía su libertad de las manos de un César.

No sé qué comparación desfavorable para Suiza deduce de nuestra guerra de la Independencia el Sr. Albareda. Lo cierto es que nuestra guerra de la Independencia es la obra de nuestro espíritu federal.

Cuando Napoleón tuvo a Madrid, no tuvo nada. Las provincias, a pesar de tres siglos de absolutismo, conservaban su espíritu independiente, y esta difusión de la vida por todo el cuerpo nacional fué la causa de la gloriosísima salvación de nuestra independencia. Así no perdimos, como Prusia en Jena y como Francia en Waterloo, la patria en una sola batalla.

El Sr. Albareda con motivo de las quintas habla de locas esperanzas. Yo solo conozco una aspiración local: la de resucitar aquí la monarquía, la de sostener aquí sus compañeros, las quintas.

El Sr. ALBAREDA: La Asamblea comprenderá que este debate es de un género que no puede sostenerse por mi parte; pero bueno es que, reconocida la superioridad del Sr. Castelar, ponga algunas aseveraciones a las suyas. Han concluido, en efecto, las guerras religiosas y mercantiles, así como las dinásticas y personales de tiempos pasados; pero en los pueblos regidos por monarquías constitucionales; porque en los gobiernos republicanos hay y habrá guerras religiosas y mercantiles. ¿Cuántas guerras de personas se habría después de constituido el país en la forma federal que S. S. desean! Las guerras que se ven hoy en los clubs se convertirán en guerras armadas, y la primera víctima será el señor Castelar, porque S. S. no puede respirar la atmósfera de la república federal.

Defensor yo del Dos de Diciembre en Francia! Justamente para que no venga esa *Dix de Diciembre* ni nada que se le parezca, es por lo que yo combatí aquí toda clase de exageraciones; pero si por desgracia llegara ese caso, sería de contar los federales que se fueran con el tirano y los liberales conservadores que le llegarán a apoyar. A republicano me gana cualquiera, porque no tengo nada de republicano; pero a liberal, es difícil que nadie me aventaje.

¿Qué representáis en esos clubs? Nada; si a mí me quieren en ellos poco, al Sr. Castelar le quieren menos. Pero dejando esto aparte, nosotros lo queremos más que consolidar la revolución, que no quede en la historia como uno de esos pronunciamientos que nada dejan en pos de sí. Y como tenemos que luchar con la tradición y con muchas otras cosas, por eso buscamos una monarquía, sin fijarnos en la persona que ha de ocupar el trono.

Es imposible juzgar de quién será buen rey, si no se ha visto lo que ha hecho; fuera de estas condiciones es difícil juzgar, y por eso yo aceptaba con júbilo al duque de Génova: no es para nosotros la cuestión la persona; la persona será la que quiera la mayoría, única fuente que puede investir de ese carácter a un ciudadano.

El Sr. CASTELAR: La democracia no ha tenido en América una guerra; los monárquicos llevaron allí los esclavos, y los democráticos no los aceptaron: esta fué la causa de la guerra.

En cuanto a la Suiza, en una guerra de dos meses fueron vencidos los teócratas que allí querían oponerse a la libertad religiosa. Aquí duró siete años una guerra que algo tenía también de religiosa.

Dice S. S. que el día que se plantee la república a mí me ahorcarán. Si algo hay, señores, que censurar en el pueblo, es su gran confianza en sus jefes. Si en 1854 no hubiera tenido tanta confianza en un jefe militar, hubiera caído la dinastía; si en 1838 no hubiera tenido tanta confianza en un jefe civil, se hubiera proclamado la república.

Por lo demás, si a mí me consideran reaccionario, tanto mejor; que me arrinconen a mí y que el pueblo sea libre.

Puesta en segunda a votación la enmienda, fué desechada.

Suspendida la discusión, ocupó la tribuna el señor ministro de Gracia y Justicia y leyó dos proyectos de ley: uno relativo al arrendamiento de la casa, y otro al arrendamiento de las fincas, que se fijan en 28,233,300 75 pesetas.

Estos proyectos se anunciaron que pasarían a las secciones para nombramiento de las comisiones respectivas.

Se leyeron los artículos 10 y 11 del proyecto de ley de organización y remplazo del ejército, nuevamente redactados por la comisión, y en su virtud se consideró retirada la enmienda del Sr. Blanc.

El Sr. SECRETARIO (Llano y Persi): Hay un artículo adicional, presentado por los Sres. Prieto y otros, que comprende varios artículos, y del cual por lo tanto no puede dar cuenta la mesa.

El Sr. PRIETO: Habiendo dado la comisión el otro día explicaciones relativas a este artículo, no hay inconveniente en que no se dé cuenta de él.

Se leyeron y pasaron a las respectivas comisiones.

varias enmiendas al dictamen de organización y remplazo del ejército y al de organización municipal y provincial.

El Sr. PRESIDENTE: Se suspende la sesión pública hasta las nueve, y las Cortes quedan en sesión secreta para aprobar las cuentas.

Eran las seis y cuarto.

GACETILLAS.

El lodo ó barro recogido en las calles de París durante un año, se paga en unos 600.000 fs. Y después de permanecer algún tiempo en los podrideros, se vende a 3 ó 5 fs. el metro cúbico, elevándose este producto a 4 tres millones de francos.

El núm. 6.º de «La Ilustración Española y Americana» ha publicado un retrato del intendente de la Habana, D. José Emilio Santos, las escenas más notables de los alborotos en París en Febrero último, y otros no menos interesantes. Pero entre todo es digno de llamar la atención una de gran tamaño, de composición y admirable composición, que representa la batalla de Alenquer que ganó a los moros el famoso Cid Campeador. Cuando se diga en elogio de esta obra de arte, es poco en comparación de su mérito. La Ilustración Española gana terreno en el favor del público, y siguiendo el camino que ha emprendido, figurará con honra al lado de las mejores del extranjero.

Los premios mayores del sorteo de la lotería de ayer han correspondido: el de 30,000 escudos a Centa; el de 16,000, a Málaga; el de 8,000, a Madrid; el de 4,000, a Trujillo; el de 2,000, a Tuy, y los de 1,000 a Barcelona, Masnou, Baza, Salamanca, Badajoz, Madrid, Cartagena, San Roque, Almería, Cádiz, Zaragoza, Puenteareas y Alicante.

Ayer anticipamos a nuestros suscritores de provincias los siguientes despachos telegráficos:

Tours 22.

Las declaraciones de los testigos concluirán mañana a primera hora. Hasta ahora todas favorecen mucho al príncipe Bonaparte.

París 22.

La nueva huelga, a la cual toman parte 180 obreros, no tiene importancia. Créese que mañana volverán estos últimos a las minas.

El cede Banneville volverá a Roma en los primeros días de la semana próxima.

En la Bolsa de hoy se han cotizado:

El 3 por 100 interior español, a 22 1/2.

El 3 por 100 francés, a 73,90.

El 3 por 100 exterior, id., a 27 3/4.

El 4 1/2 por 100 a 103, 00.

Londres 22.

Consolidados ingleses, de 93 1/8 a 1/4.

París 23.

El diputado Rochefort ha sido llamado a Tours para prestar su declaración en el proceso Bonaparte.

Con motivo de la huelga del Creuzot, ha habido algún desorden ayer por la tarde: cincuenta trabajadores han intentado impedir por la violencia a sus compañeros bajar a los pozos.

Viena 22.

Signe la crisis é ignórase hasta ahora cuál será su solución.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 23.

BOLSA DE MADRID DEL DIA 23.				
FONDOS PÚBLICOS.		ÚLTIMOS PRECIOS		Alm.
		DEL 22	DEL 23	
3 consolidado.....		24-05	23-70	»
Id. pequeños.....		24-40	23-90	»
Id. fin del corriente.....		24-05	21-70	»
Id. exterior.....		28-15	28-40	25
3 procedente diferido.....		23-95	23-40	»
Id. fin de mes.....		00-00	00-00	»
Deuda material.....		00-00	00-00	»
Id. personal.....		20-00	20-00	»
Billetes hipotecarios.....		00-00	99-75	»
Id. 2.ª serie.....		92-00	92-85	»
Banco de España.....		129-00	131-00	100
Bonos del Tesoro.....		64-00	63-20	»
FERRO-CARRILES.				
Obligaciones de 2.000.....		44-40	44-00	»
Id. nuevas.....		00-00	00-00	»
Id. de 20.000.....		43-50	43-00	»
Id. nuevas.....		00-00	00-00	»
CARRETERAS.				
Abril de 1850.....		00-00	00-00	»
Agosto de 1852.....		00-00	00-00	»
Julio de 1856.....		00-00	00-00	»
CAMBIOS.				
Londres á 90 dias fecha.....		49-75	49-75	»
Paris á 8 dias vista.....		5-18	5-18	»